

LA RADICALIDAD DE JESUS

Rafael Aguirre

1. *La paradoja de Jesús.*

Para unos, profeta sin igual en Israel (Lc 7, 16); para otros un comilón y un borracho (Lc 7, 34); para unos endemoniado (Mt 12, 24); para otros, hijo de David (Mt 12, 23); para unos un impostor (Mt 26, 63); para otros, el Mesías; para unos, destructor de la ley santa de Dios (Jn 9, 16); para otros, hombre de Dios (Jn 9, 33). Los juicios sobre Jesús no han sido menos contrapuestos y polémicos en los siglos posteriores.

¿No habrá en la vida misma de Jesús algo que explica las contradicciones que provoca la figura? ¿Comprender esta situación no puede servirnos para penetrar un poco en la originalidad del Nazareno? Jesús desorienta las lógicas institucionales. Es, sin duda, un radical, pero detesta y denuncia las actitudes rigoristas. Combate el pecado, pero busca y ama a los pecadores. Se proclama hijo de Dios, pero es ajusticiado en nombre de Dios y para salvar el honor de Dios.

Jesús es un radical, porque para él hay una causa que exige la entrega total del hombre: la causa de Dios que irrumpe con su proyecto histórico. Jesús está poseído por el espíritu de Dios, es decir, por la experiencia de un amor desbordante, que descubre a través de todo tipo de realidades y que desea traducir históricamente como corriente creadora de amor, de liberación de los que sufren, la justicia y libertad. Jesús invita a incorporar totalmente la propia

vida a este misterio de amor absoluto. Jesús es un radical porque descubre un sentido a lo más hondo de la realidad, porque hace de la causa del Dios amor en la historia el principio estructurante de la conciencia y de la actuación humana, pidiéndolo todo y yendo a la raíz de todo comportamiento.

Para Jesús el Reinado de Dios implica una transformación de todas las relaciones humanas y sociales. Su proyecto era promover un movimiento mesiánico en el que la experiencia de Dios se tradujese como realización creciente de fraternidad. Si algo no podía ser un creyente alimentado en la Biblia hebrea era un "espiritualista" o un romántico a la hora de contemplar la historia. Jesús no era nada de esto y contaba con la realidad del mal y con los poderes rivales al proyecto de Dios. Y, por eso, Jesús, y después los primeros discípulos, incorporaron a su experiencia creyente, sin desfallecer, la resistencia que encontré, la ruptura incluso en sus mismos proyectos iniciales y hasta el fracaso de su propia muerte en cruz.

Quiere decir que el conflicto fue un elemento central y estructural en la vida de Jesús; en el fondo, no es sino el reverso de la originalidad y de la radicalidad de su esperanza en Dios. Durante mucho tiempo la teología y la exégesis bíblica habían olvidado la importancia del conflicto en la vida de Jesús. Se llegaba a decir que la cruz era el fruto de un malentendido histórico o el resultado de un conflicto metafísico con el demonio o con el mal en abstracto. Pero redescubrir el Jesús real —principio de toda renovación de la vida cristiana— implica caer en la cuenta de la importancia de los conflictos históricos que sostuvo y del escándalo de la cruz. Por eso Jesús se expresa con mucha frecuencia de forma dilemática: "No podéis servir a Dios y al Dinero"; "el que pone su mano en el arado y mira para atrás no es digno de mí"; "vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y sígueme"; "deja que los muertos entierren a sus muertos, pero tú sígueme". Esto no es ni simplismo histórico, ni una visión maniquea de la realidad, sino expresiones surgidas en un momento concreto de crisis decisiva y que pretenden sacudir y movilizar a los oyentes.

Este Jesús tan radical aparece, al mismo tiempo, cercano a los pecadores y preocupado por reintroducir en el ámbito del pueblo a quienes la ideología dominante excluía.

Es criticado porque "come con pecadores y publicanos", porque "va a hospedarse a casa de un pecador", porque deja que se le acerque y le toque una pecadora pública. Esto lo descalifica como profeta a los ojos de la lógica de la integridad y pureza institucional (Lc 7, 39) y le acarrea las críticas más duras de los líderes religiosos. Y es que el radicalismo de Jesús brota de una experiencia de Dios que no lleva a endurecer las exigencias de la ley sino a fomentar la cercanía a las personas concretas y la solidaridad con sus necesidades. Jesús pone al hombre concreto en el centro (Mc 3, 3), ve y se compadece de la pobre viuda que ha perdido a su hijo único (Lc 7, 13), se compadece del impuro y excluido de las relaciones humanas (Mc 1, 41), se compadece de los enfermos (Mt 20, 34), se compadece también del pueblo porque "estaba cansado y abatido como ovejas sin pastor" (Mt 9, 36).

La radicalidad de Jesús se convierte en radicalidad para descubrir al prójimo y, sobre todo, para desvelar esa dimensión, tantas veces ocultada, porque denuncia e interpela, que es el sufrimiento de los más necesitados. Las víctimas de la historia son el punto de partida de la interpretación radicalmente fraterna de la historia. La esperanza de Jesús —que atraviesa todo su mensaje y tensiona su actitud vital y la de sus seguidores— no se apoya en especulaciones sobre el futuro, al modo de los apocalípticos contemporáneos, sino en la experiencia de la misericordia/compasión, es decir, en el descubrimiento del sufrimiento del prójimo, en la solidaridad eficaz con él y en la rebelión contra esa situación en nombre del Dios amor.

2. *La tentación fanática*

En los relatos evangélicos se expresa la reflexión que durante largos años realizaron las comunidades cristianas sobre la vida terrena de Jesús a la luz de las Escrituras judías y de lo que ellas mismas iban experimentando. Al inicio de los tres evangelios sinópticos encontramos un episodio que se considera la clave teológica de toda la vida histórica de Jesús: sus tentaciones en el desierto. En el fondo es una meditación sobre el mesianismo cristiano o, si se prefiere, una meditación sobre el misterio de los caminos históricos del Reinado de Dios. Jesús es tentado para que realice su misión y afirme su persona utilizando a Dios en beneficio

propio (que convierta las piedras en panes), por los caminos del éxito apabullante (tirarse desde el pináculo del Templo admirando a la muchedumbre), o recurriendo al poder político.

Se trata evidentemente de un texto muy teologizado y que recurre a muchas tradiciones del Antiguo Testamento, pero que está interpretando algo muy real en la vida histórica de Jesús. En efecto, Jesús fue desafiado para que realizase un signo del cielo que convenciese a sus adversarios (Mc 8, 11-13; Lc 12, 54-56; Mt 12, 38-39; 16, 1-4; Jn 6, 30) o que salvase su propia vida (Mc 15, 29-32); fue también prisionero para que aceptase la violencia al servicio de su casa (Mt 26, 51-54); sintió la tentación de la huida y del abandono (Mt 26, 36-46).

Pero el Dios de Jesús no facilita las tareas humanas ni se afirma mediante el éxito o con el uso del poder intrahistórico. Estas son las tentaciones más graves, es decir, las que más seducen, pero también las que más corrompen el proyecto del Reinado de Dios.

El radicalismo de Jesús es pasión por la justicia, porque se basa en el valor irreductible de la persona humana y, al mismo tiempo, es tolerancia, porque es apertura siempre mayor al misterio de Dios como único absoluto. Cuando el radicalismo se convierte en ideología intrahistórica degenera en fanatismo, sobre cuyas funestas consecuencias tenemos experiencias de las más diversas épocas. Para Jesús el radicalismo es exigencia de apertura inacabable al misterio de Dios y cautela crítica sobre la propia ideología, incluida –quizá especialmente– la religiosa.

Los siervos que se acercan a su señor, llenos de celo por su causa, con la pretensión de arrancar la cizaña que el enemigo sembraba en sus campos reflejan la actitud de los discípulos indignados e impacientes por las dificultades que encuentra Jesús con su mensaje del Reinado de Dios (Mt 13, 24-30. 36-43). Pero la enseñanza de Jesús es rotunda: no arranquéis la cizaña porque arrancaríais también el trigo; ni siquiera se puede distinguir aún entre ambos con claridad; tened paciencia, dejad que las cosas maduren y los procesos se decanten... Sobre todo, dice Jesús, no adelantéis vosotros en la historia un juicio que sólo a Dios compete y que está reservado para el final. La parábola de la cizaña pretende combatir el mesianismo fanático e introducir una cautela crítica contra la intolerancia y la violencia

que amenaza a las actitudes radicales. Lo que debe ser fuente de paciencia y de perseverancia, de relativización y de búsqueda incesante de la verdad, de autocrítica y de apertura permanente, puede invertirse en ideología de autolegitimación, en identificación con la causa de Dios y, consiguientemente, en fuente de violencia e intransigencia.

La gran tentación del creyente en el Dios de la Biblia, el Dios que actúa en la historia, es convertirle en legitimación de la propia ideología intrahistórica y, al final, de sus meros intereses institucionales. Aquí está la raíz del conflicto mortal que sostuvo Jesús con los líderes religiosos de Israel y que los redactores de los evangelios, actualizándolo, convierten en cautela crítica para sus propias comunidades cristianas y sus líderes.

Jesús propone el Reinado de Dios no simplemente a cada persona individual ni tampoco de forma inmediata a todos los seres humanos. Es el pueblo de Israel el destinatario inmediato de sus anuncios del Reinado de Dios. Esto es algo que debe subrayarse con fuerza en aras del rigor histórico y para situar a Jesús en su contexto real y como hijo de su pueblo e inmerso en la tradición bíblica. Jesús desea que Israel cumpla su misión como pueblo de Dios y que acepte su Reinado para convertirse, de esta manera, en testimonio de Dios atrayente para todos los pueblos de la tierra.

Pero su peculiar experiencia de Dios hace que su Reinado, tal como Jesús lo anuncia, tenga rasgos muy originales: no se identifica con la expulsión de la potencia romana dominante y pasa por la reintegración de los excluidos y marginados de su propio pueblo. De esta forma Jesús ha relativizado las fronteras con que el pueblo judío, sus líderes religiosos y doctrinales sobre todo, definía su identidad. No había nada más grave para quienes vinculaban a Dios con el mantenimiento de la pureza étnica. Jesús se dirige a Israel ciertamente, pero su Dios –misterio absoluto y amor infinito– relativizaba las fronteras étnicas (la pureza y la ley) y ponía las condiciones de posibilidad de la apertura universal. Es decir, quienes más tarde realicen la mencionada apertura lo harán reivindicando y desarrollando, con enorme audacia y con radical fidelidad, posibilidades muy hondas existentes en el anuncio y en la actitud de Jesús de Nazaret.

3. *El Dios de la gracia y la denuncia de la violencia.*

Históricamente parece claro que Jesús estuvo al principio en contacto con Juan Bautista y con el movimiento por él promovido. Pero los evangelios recurren a su figura para presentarle como precursor y en función de contraste con Jesús. El Bautista desarrolla su misión en el desierto, su porte es de gran austeridad, ayuna o apenas come, viste de forma provocativa, y predica el juicio inminente de Dios, que exige la conversión ante la amenaza que se avecina. Jesús, por el contrario, sale del desierto y va por pueblos y ciudades a buscar a la gente, come y bebe con todo tipo de personas (Lc 11, 37; 14, 1; 15, 2; 5, 29; 7, 36; 22, 8) hasta el punto de que le tachan de "comilón y borracho" y anuncia el Reinado de Dios como noticia alegre, como la llegada del jubileo sin fin.

Juan Bautista prepara para un juicio de Dios que iba a suponer el fin de la historia, mientras Jesús anuncia el Reinado de Dios que pugna por introducirse de forma inminente en la historia para cambiarla. Jesús está en la tradición profética, que expresa como Reinado de Dios la esperanza en una futura intervención divina para liberar al pueblo en situación de grave postración histórica (el Deuteronomio-Isaías en el momento de la cautividad de Babilonia y Daniel en tiempo de la opresión de los Seleúcidas).

Para Jesús ya irrumpe esta cercanía salvadora, gratuita y liberadora de Dios. Por eso su mensaje no es primeramente una llamada a la conversión, sino una proclamación gozosa y llena de urgencia de esta buena noticia, que tiene su origen en la experiencia de la inmediatez de Dios y de su amor gratuito y sobreabundante. El radicalismo de Jesús no es el rigorismo de la exigencia moral, sino el de quien se descubre sumergido en una corriente de amor desbordante.

Sin duda, Jesús presenta exigencias muy elevadas a sus oyentes, que se encuentran recogidas de forma especial en el Sermón del Monte. Se ha discutido hasta la saciedad qué relación con el Antiguo Testamento tienen estas exigencias de Jesús. ¿Se contraponen a la Ley o son, más bien, un desarrollo de su intención original profunda? ¿Pretenden abolir la ley o, por el contrario, la radicalizan?

Las exigencias de Jesús no son condiciones previas para acceder al Reinado de Dios (así sería en un plantea-

miento al estilo del de Juan que parte de la llamada a la conversión), sino posibilidades vitales nuevas que nacen de la realidad de ese Reinado previamente ofrecido de forma gratuita a los hombres. La realidad del amor de Dios ya presente y actuante en la historia, abre un horizonte insospechado a la vida humana, suscita energías y genera posibilidades inéditas hasta ahora. Las exigencias de Jesús son el desarrollo de una vida nueva, que viene de Dios y que se descubre con alegría y agradecimiento. Por eso el Sermón del Monte no usa un lenguaje jurídico (que estaba muy a mano en el judaísmo), sino que recurre a símbolos e imágenes poéticas; no establece normas legales, sino paradigmas de comportamiento que habra que aplicar creadoramente a la diversidad de circunstancias. Son ideales irrenunciables de exigencias en la comunidad cristiana ("mandamientos" obligatorios para todos y "consejos evangélicos" para una élite espiritual, como se decía antes). Estos ideales son una exigencia continúa e irrenunciable, una moral en movimiento porque proponen tender a la perfección misma de Dios (Mt 5, 48; Lc 6, 36), que es infinita, pero no pueden tomarse como normas jurídicas absolutas.

Voy a proponer un ejemplo. Sin duda, el ideal del amor entre un hombre y una mujer es el matrimonio indisoluble, como ideal irrenunciable para los cristianos (Mt 5, 31-32). Pero tendríamos que preguntarnos si convertir la indisolubilidad del matrimonio en una ley absoluta no es desconocer la complejidad de la vida humana y tergiversar la naturaleza de las palabras de Jesús en el Sermón del Monte. Por otra parte, la tradición cristiana, tan rigorista en esta cuestión, hasta el punto de que sólo disuelve un matrimonio cuando puede afirmar que no existió nunca un consentimiento válido, lo que genera una práctica no pocas veces hipócrita y fraudulenta, sin embargo ha sido y es extraordinariamente laxa a la hora de interpretar las palabras de Jesús sobre el respeto a la vida del prójimo (5, 21-26), sobre la violencia (5, 38-42) o el amor a los enemigos (5, 43-48). Me resulta incomprensible que quienes siguen considerando moralmente lícita la pena de muerte (por ejemplo en el reciente "Catecismo de la Iglesia Católica") y no ven contradicción con el Sermón del Monte en la ejecución de tantas penas de muerte en los Estados Unidos, que sistemáticamente golpea a los sectores más pobres y marginados, no descubran que la actitud de Jesús en los evangelios está pi-

diendo comprensión y misericordia ante la situación concreta y dramática de muchos creyentes que ven su matrimonio roto y a quienes se trata en la Iglesia con dureza extraordinaria y sin dejarles la posibilidad de rehacer su vida. El rigorismo moral está muy lejos del radicalismo evangélico e incurre en contradicciones flagrantes.

La motivación última de la moral radical de Jesús es la imitación de Dios (Mt 5, 48; Lc 6, 36; Ef 5, 1): "sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso". En realidad el cristiano no obedece a Dios, sino que se identifica con El, "practica a Dios" en expresión bella y audaz de Gustavo Gutiérrez. El tema de la *imitatio Dei* es conocido en la filosofía moral griega, pero en la boca de Jesús recibe un sentido propio, que procede de su peculiar experiencia de Dios. No se trata de identificarse con un logos que rige imperturbable el curso de la naturaleza, sino con un Dios-amor que irrumpe gratuitamente en la historia para comunicar su vida, ante todo como esperanza y liberación para quienes más sufren. Imitar a Dios, que se expresa como gratuidad, como salir de sí mismo para construir una humanidad solidaria y fraterna. Por eso, la cumbre de la moral de Jesús reside en la no-violencia y en el amor a los enemigos (5, 38-48). La misma progresión literaria de las seis antítesis del Sermón del Monte (5, 21-48) muestra claramente que aquí culminan las exigencias morales de Jesús. El amor a los enemigos es el más gratuito y desinteresado y de la mera reciprocidad y, por eso mismo, es el amor que más nos identifica con Dios; es el amor que nos hace hijos de Dios (Mt 5, 43-48).

Parece que Jesús pide algo imposible y no es ahora el momento de desarrollar en qué consiste el amor a los enemigos. Baste decir que, en efecto, Jesús pretende invertir una tendencia humana muy arraigada, una ley que ha presidido la evolución de toda la vida desde sus formas más elementales: la ley del más fuerte y del cálculo interesado a partir del propio yo. Jesús sustituye la ley del más fuerte por la solidaridad con el débil y pugna por introducir el principio del amor gratuito en las relaciones humanas. Esto es lo que se ha llamado la "mutación mesiánica", el salto cualitativo que introduce el Mesías Jesús, el don del Padre y la fuerza del Espíritu; es la expresión en la moral humana de la realidad nueva del Reino de Dios como Reino del amor del Padre convertido en principio nuevo de actuación.

Dios no nos ama por lo que somos; nos ama para que seamos. Estamos llamados a abrir siempre un margen de confianza a las posibilidades personales de todo prójimo, hasta el aparentemente más envilecido, porque esto es respetar su libertad y dignidad como Dios respeta a él y a todos. Dios no nos espera para juzgarnos sino para manifestar sin velos su amor. Dios es puro amor y, por tanto, el hombre no será juzgado por ninguna norma externa, sino que él mismo, con su libertad, puede crear las referencias que le juzguen. Por eso Jesús nos exhorta a que —en nuestra actitud más profunda— amemos incluso al enemigo y no juzguemos para que tampoco nosotros seamos juzgados (Mt 7, 1-2).

Nadie ha proclamado exigencias más altas de amor gratuito que Jesús; nadie en Israel mostró mayor cercanía a los pecadores, hasta provocar el escándalo de los guardianes del sistema; nadie infundió una esperanza más grande a los pobres. Pero tampoco nadie condenó con mayor fuerza la violencia de los poderosos que oprimen al pueblo (Mc 10, 42-45); ni nadie en Israel denunció con mayor claridad a una clase sacerdotal corrupta; ni nadie fue más duro con las autoridades doctrinales que usaban a Dios en beneficio propio imponiendo cargas insoportables sobre los hombros de la gente. En la medida en que Jesús habla con singular radicalidad de un Dios gracia y puro amor, saca a la luz y combate —con radicalidad similar— la violencia social, doctrinal y religiosa, que es la negación histórica del Reinado de ese Dios.

4. Rigorismo y radicalidad.

Los evangelios no pretenden relatar sólo lo que Jesús hizo y dijo, sino lo que sigue diciendo y haciendo; es decir, pretenden actualizar el pasado para que sea significativo en el presente de sus comunidades. Concretamente convierten el conflicto con las autoridades judías y con el sistema religioso y social en una exhortación y advertencia sobre los peligros que acechan a su Iglesia cristiana en trance ya de institucionalización. El curso de la historia posterior hace mucho más apremiante esta lectura de la vida y obra del Jesús terreno.

La tentación de los fariseos —la esclerosis de una doctrina hipertrofiada— y la de los celotes —la imposición violenta de un proyecto legitimado religiosamente— acecha

siempre a la Iglesia cristiana. Es la violencia negra del inquisidor, del defensor de una institución por encima de los derechos de las personas, y la violencia roja del apocalíptico o del iluminado. Por muy contrapuestas que parezcan ambas violencias están íntimamente emparentadas, porque el inquisidor y el apocalíptico se consideran brazos de Dios en la historia, se absolutizan y justifican el avasallamiento de la libertad, de la dignidad y hasta de la vida del prójimo. En el siglo I (antes del año 70) hubo momentos de fuerte contraposición entre fariseísmo y celotismo, pero hoy está claro que existía un fuerte parentesco de fondo entre ambos.

La sensibilidad posmoderna reivindica el paganismo precristiano y considera el monoteísmo como fuente inevitable de intrasigencia y violencia. Es un juicio injusto, pero que alerta sobre un riesgo que no se puede desconocer. Jesús vivió entregado a la causa del Dios-amor, pero al mismo tiempo fue víctima del monoteísmo del Templo. El gran peligro es confundir el absoluto con sus mediaciones. La fe en Dios debe ser un principio de libertad, de exorcización de los absolutos que encandenan al hombre, pero puede dar pie a los totalitarismos y fanatismos peores. Todo lo humano es ambiguo y no hay nada peor, como decían los antiguos, que la perversión de lo mejor.

El creyente tiene que buscar de forma incansable a Dios y su Reino (mt 6, 33), precisamente porque sabe que nunca lo puede poseer del todo y que nada histórico se identifica adecuadamente con él; tiene que barruntar los signos del Reino en la historia y desarrollarlos, discernir la presencia del Espíritu, pero sabiendo que Dios es más grande que todo lo creado, que no lo poseemos, que nos puede sorprender desde los lugares y en las formas más insospechadas.

El rigorismo es la hipertrofia de la lógica institucional interiorizada, que desea ante todo delimitar conceptual y jurídicamente sus fronteras con los de afuera, lo que implica el control riguroso y estricto de sus miembros. El rigor con que un grupo social demarca sus fronteras corre paralelo al rigor con que se controla la vida de sus miembros. El componente mayor del rigorismo es la voluntad de poder. Una institución rigorista, por exigencia de sus mismos intereses institucionales, es en última instancia acomodati-

cia con los poderes establecidos y con los valores hegemónicos.

La gran acusación contra Jesús es que relativizaba las fronteras étnicas del judaísmo y trasgredía las normas internas de control existentes en el pueblo (normas de pureza, sobre el sábadó y sobre el Templo). La radicalidad de Jesús, que se basaba en la experiencia del amor de Dios y en la conciencia de la dignidad humana, denunciaba el rigorismo de la lógica institucional y de los intereses sectarios.

Jesús no hace una teoría sobre la ley y las normas jurídicas de su tiempo. Ni usa un lenguaje jurídico ni presenta doctrinas generales. Sin duda se descubre en él un principio unificador profundo –su experiencia del Dios amor y cercano–, pero se manifiesta al hilo de los acontecimientos y en función de situaciones concretas. Por eso la fidelidad a Jesús no es una tarea deductiva y exige libertad creadora y sentido agudo del desarrollo histórico. Y hay una cosa clara: que sólo partiendo de una experiencia muy radical de alegría, libertad y esperanza se puede presentar al ser humano unas metas tan altas y exigentes como las que le propone Jesús de Nazaret.

Leioa, agosto 1993